

CARLOS BARRAL:

Marinero en tierra

Dasso Saldívar

- No es verdad que haya desestimado como editor *Cien años de soledad*.
- Mi lucha con el leviatán franquista para editar la buena literatura.

Antes de conocer personalmente a Carlos Barral en Barcelona, ya lo habíamos visto algunas veces en reuniones y actos culturales de Madrid. Lo primero que nos llamó la atención fue su inequívoco aire de perfecto marinero en tierra con la aureola lírica y señera, pero a la vez magnánima, del capitán que llega de anclar. Luego, conociéndolo mejor, nos damos cuenta que, esencialmente, Barral es, por lo menos, dos veces el hombre que se vino de la mar: En los comienzos, cuando ya estaba clara su vocación de escritor y se perfilaba la paralela de editor-descubridor, se dedicó a estudiar derecho, tal vez para mirar y sentir a distancia lo que realmente le gustaba. Contemplando su gran labor de editor-descubridor y leyendo la excelente prosa de sus memorias, nos preguntamos si lo primero no habrá impedido la consolidación del que podía haber sido uno de los prosistas más grandiosos de la lengua castellana.

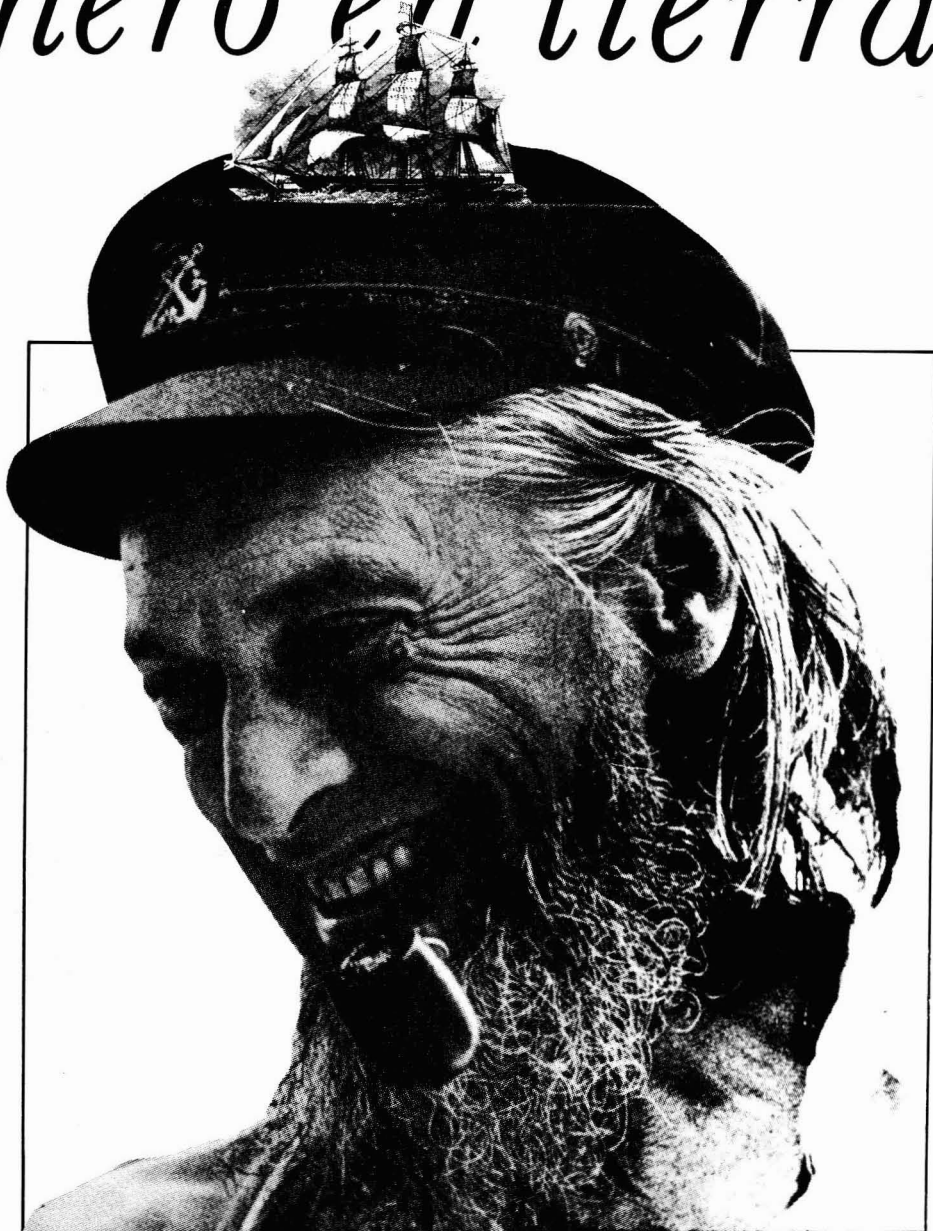
De todas formas, como el marinero lírico de Alberti, Barral llegó de la mar por quererla tanto y para siempre. Con una inteligencia, no especulativa sino sintetizadora de todo un proceso vital y cultural, Carlos Barral finaliza el segundo tomo de sus memorias, Los años sin excusa, con la siguiente frase digna de un Tiresias: "Terminada la juventud se está a merced del miedo".

—En 1950, Carlos Barral se licencia en derecho, abandona esa profesión y se dedica a la de editor. ¿Por qué esta fuga?

—Bueno, yo nunca tuve vocación jurídica. Estudié derecho porque en

aquella época era la menos contaminada entre las carreras humanísticas por la ideología represiva franquista. En realidad, las facultades de letras y filosofía eran entonces galpones llenos de monjas y de curas que se preparaban para la enseñanza. Empecé las dos carreras, derecho y filosofía, pero abandoné ésta por esa incompatibilidad, tanto por el alumnado como por el profesorado que había sobrevivido a las purgas del franquismo, y continué en derecho que era una facultad más neutral y tradicional en el fondo, pero sin ninguna vocación particular por ejercer el derecho.

Al terminar los estudios universitarios me encontré con una herencia, con una editorial que ya existía, sólo que entonces no era literaria, sino pedagógica, y que había sido fundada por mi padre. Se llamaba Seix-Barral y había sido una segregación de una empresa gráfica y editora fundada en 1914: Seix-Barral Hermanos. Yo era escritor desde que tenía uso de razón, aunque nunca tuve la pretensión de ganarme la vida con la pluma. Al heredar esa editorial, quise aplicar mis inquietudes y conseguí transformar esa vieja editorial pedagógica en una literaria que básicamente se regía por mis caprichos y manías literarias. Esto



fue lo que yo hice a lo largo de los años cincuenta y sesenta en Seix-Barral.

—¿Podría hablarse de un divorcio entre el Carlos Barral escritor-editor y el empresario?

—Efectivamente, yo he ejercido los dos oficios. El de editor comportaba en ciertas épocas la cualidad de empresario, en otras, no, como en la actualidad, pero nunca tuve vocación de empresario, y no sólo no tuve vocación en este terreno, sino que nunca estuve destinado a ganar dinero. Me parece que son dos dedicaciones que no se mezclan tanto como parece, y que, sobre todo, yo he procurado que no se mezclen. Yo aconsejo siempre a los escritores jóvenes que practiquen una profesión lo más alejadamente posible de la literatura. Me parece que el ser escritor y editor o escritor y periodista es infinitamente más incómodo que el ser escritor e ingeniero o escritor y criador de caballos.

La cultura franquista

—La atmósfera de fuga que está cristalizada en la obra de creación de Carlos Barral, ¿a qué corresponde en la vida de Carlos Barral como ser social y hombre cotidiano?

—Así como en mi vida profesional existen ribetes aventureros, en mi vida privada hay mucho sosiego, es una vida sedentaria, patriarcal y poco aventuresca, en el fondo. Esto creo que también se refleja en mi poesía, que es más reflexiva, horaciana, que de ribetes épicos. Eso que tú llamas sensación de fuga es, quizás, la acumulación de ciertas obsesiones temáticas en mi literatura preferida, no sólo en mi poesía, como pueden ser el sentimiento de la caducidad y el *triunfus mortis*, temas clásicos que lo invaden todo desde siempre y que constituyen mis obsesiones personales.

—Es indudable que, dados los fines de Seix-Barral, usted debió padecer y obviar innumerables escollos que le venían principalmente del leviatán franquista.

—Tuve lógicamente que obviar muchos escollos. En primer lugar, estaba la

resistencia de los dueños de la empresa que no veían con buenos ojos el transformar una editorial pedagógica, que tenía un mercado seguro y acreditado, en una editorial literaria y riesgosa. Esto me dio mucho quehacer a lo largo de varios años. Por otro lado, estaban efectivamente los escollos de tipo político, es decir, la política descaradamente represiva ejercida por la cultura franquista a través de la censura y todo tipo de presiones. Sufrí estas presiones de una manera dura y directa, estuve detenido varias veces, tuve dos juicios por haber publicado libros que a la administración

del libro *Los tarahumara*, de Antonin Artaud, que básicamente era una colección de lo que él escribió en el sanatorio psiquiátrico, y que fue denunciada privadamente por supuestas injurias a la religión católica. También en este juicio, que fue público como el anterior, fui absuelto. Aparte de estos dos juicios, estuve detenido varias veces y con la censura tuve infinitos problemas. Algunos de ellos los he contado en mis memorias. Una de las veces, la administración franquista me propuso un exilio semivoluntario, en el año 62, que debía durar varios años en América Latina, incluso estaban



franquista le parecieron subversivos. Curiosamente ninguno de los dos libros era político. Uno de ellos era *Las tribulaciones del estudiante Törless*, de Robert Musil, en el que el denunciante de estado y el fiscal creyeron ver propaganda de la homosexualidad. Recuerdo una anécdota muy curiosa: cuando yo protesté diciendo que la escena que se incriminaba era una escena de sadismo y no de homosexualidad, el fiscal replicó diciendo que sadismo y homosexualidad eran una misma cosa, lo cual produjo evidentemente risas en el público que había en la sala. El segundo juicio fue por la publicación

dispuestos a ayudarme facilitándome la estancia en aquel continente. Por todo esto, fue un ejercicio de la profesión bastante accidentado.

El caso Vargas Llosa

—El descubrimiento y posterior edición de la obra de Mario Vargas Llosa, había de tropezar en el mismo contexto con ciertos bemoles...

—El caso de Vargas Llosa te lo puedo contar con entera precisión. Yo recibí el manuscrito de *La ciudad y los perros* de manos del editor mexicano Joaquín Díez Canedo, a quien lo había

presentado para su publicación Vargas Llosa. A la sazón, yo no conocía a Vargas Llosa ni de nombre, además él sólo había publicado un puñado de relatos y estrenado alguna obrita de teatro. Era entonces un perfecto desconocido. A mí me enviaron pues aquel manuscrito, pero sin mayor énfasis. Aquí pasó por el comité de lectura de Seix-Barral y fue leída por un novelista español, hoy famoso, que hizo, recuerdo, un larguísimo informe a lápiz bastante reticente, porque lo único que le preocupaba era el análisis político de la novela. De todos modos, el informe era tan prolijo que a mí me picó la



curiosidad y leí la novela personalmente. Al término de la lectura mi entusiasmo fue absolutamente indescriptible y pasé el libro también a José María Valverde, quien formaba parte de mi comité de lectura, y él participó inmediatamente de mi entusiasmo en contra de ese primer novelista español que había leído el libro. Por entonces se acercaba el término de la convocatoria para el Premio Biblioteca Breve. Yo viajé inmediatamente a París, busqué a Vargas Llosa y le convencí, no sin dificultades, de que presentara esa novela al premio, que ganó por unanimidad.

Por supuesto, la edición de *La ciudad y los perros* contó también con ciertas cortapisas. A la novela se le incrementaron varios pasajes. Recuerdo que Robles Piquer era el director general de información y de quien dependía el Departamento de Inspección de Libros. Para zanjar el caso, tuvimos un almuerzo de trabajo con un profesor de historia de América, un hombre absolutamente incompetente, Robles Piquer, Mario y yo. El novelista convenció a Robles Piquer, leyendo en voz alta y dándole su ritmo de lectura, que los pasajes incriminados no tenían ninguna mala intención. Al final el libro no sufrió pues ninguna mutilación, sólo se cambió un adjetivo para tranquilizar al propio Robles Piquer.

—Después de la proyección de la obra del peruano, vinieron otros nombres, como Fuentes, Donoso, etc.

—A partir de *La ciudad y los perros*, el Premio Biblioteca Breve se abrió a una exploración de esa generación de nuevos escritores latinoamericanos que venían de una tradición de temas indigenistas y que ahora se abrían hacia una temática de ambición universal. Ese Premio fue un instrumento consciente de esta nueva vertiente, es decir, yo forcé la participación de escritores como Carlos Fuentes, José Donoso, Guillermo Cabrera Infante..., prácticamente la mayoría de los escritores que luego la crítica calificó como miembros del *Boom*, con la excepción de Gabriel García Márquez, con quien, como tú sabes, se produjo ese mal entendido famoso de la publicación de *Cien años de soledad*.

Gabo, Rilke, Guillén

—Me gustaría que aquí y ahora aclaráramos esta historia que todo el mundo cuenta a su manera.

—Es una historia que todo el mundo falsea, menos Gabo y yo. Lo que realmente ocurrió fue lo siguiente: yo conocía mal la obra anterior de García Márquez, que, en cambio, entusiasmaba a mi mujer, quien había ejercido durante algún tiempo el papel de agente literario y que, por tanto, había leído las obras primeras de Gabo. Sinceramente, confieso que a mí esa obra anterior no me producía un entusiasmo mayor, aunque el autor me

parecía un escritor de primera clase. Yo recibí un telegrama de García Márquez desde México proponiéndome como editor la lectura de *Cien años de soledad*. El telegrama me llegó en vísperas de un viaje, no recuerdo si de vacaciones o de trabajo, pero lo cierto es que yo me preparaba para un viaje próximo. Entonces, por alguna razón absolutamente injustificable, yo no contesté a tiempo el telegrama, lo cual ofendió mucho a Gabo, quien prescindió después de mi lectura y pasó a contratar directamente con la Sudamericana. Pero yo nunca vi el manuscrito de *Cien años de soledad*, así que las versiones que cuentan que yo vi o no supe apreciar el manuscrito de esta novela, son falsas. Yo vine a conocer la obra ya impresa por la citada editorial argentina. Lo que sí efectivamente confieso como mi culpa, tal vez por desidia, es haber dejado de contestar un telegrama que, no recuerdo el texto exacto, se proponía como urgente. Pero esta anécdota no influyó en una amistad que mantenemos desde hace muchos años.

—Una amistad en la cual Gabo se permite el lujo de hacer bromas de buen gusto, como cuando en 1972 dijo en Caracas que con el importe del Premio Rómulo Gallegos le iba a comprar el yate a Carlos Barral.

—Sí, y el yate es una pequeña barca que no vale nada, y efectivamente existe una foto en la que Gabo me entrega mil pesetas junto a la embarcación varada.

—Volviendo a su trinidad de escritor-editor-descubridor, me gustaría traer a colación su traducción de *Los sonetos a Orfeo* y preguntarle, con una ya larga perspectiva cronológica, por esos aires rilkianos de su poesía inicial...

—Esa es una traducción que me gustaría reeditar, pero que necesitaría una revisión, porque ahí hay todavía, no tanto errores de traducción, como de interpretación, un tanto mal intencionados, del ritmo. Es una traducción que se publicó en 1951 en una época en que yo padecía una fiebre rilkiana muy alta. Es probable, como tú afirmas, que haya aires rilkianos en mi poesía. Rilke es una de esas enfermedades poéticas que uno padece

y yo he padecido varias: Rilke, Guillén, Saint-John Perse, entre los modernos. Digo enfermedades, porque son verdaderos estados morbosos en que uno asume con exceso el mundo poético de un poeta.

—Acaba de mencionar a Jorge Guillén también y ya sabemos que no es fortuito que haya acometido la empresa de editar, en admirable edición de lujo, su obra completa: *Cántico*, *Clamor*, *Homenaje*, *Y otros poemas* y *Final*.

—Sí, inclusive he finalizado la edición de su obra completa después de que Barral Editores dejó de publicar, pues para mí era un deber. Guillén es para mí el poeta más importante de la generación del 27, y sobre todo yo digo, proclamo, grito, que el conjunto de la obra poética de Guillén es de gran desplazamiento, pero sobre todo *Cántico*, en su versión definitiva, la del cincuenta, libro unitario de poemas que me parece el más importante escrito en castellano en el siglo veinte. Este mundo cerrado, perfectamente estructurado que es *Cántico*, me parece el libro singular de nuestra lengua, que justifica más que a un poeta. *Clamor*, como los otros libros, me parece más bien Guillén para los guillenianos.

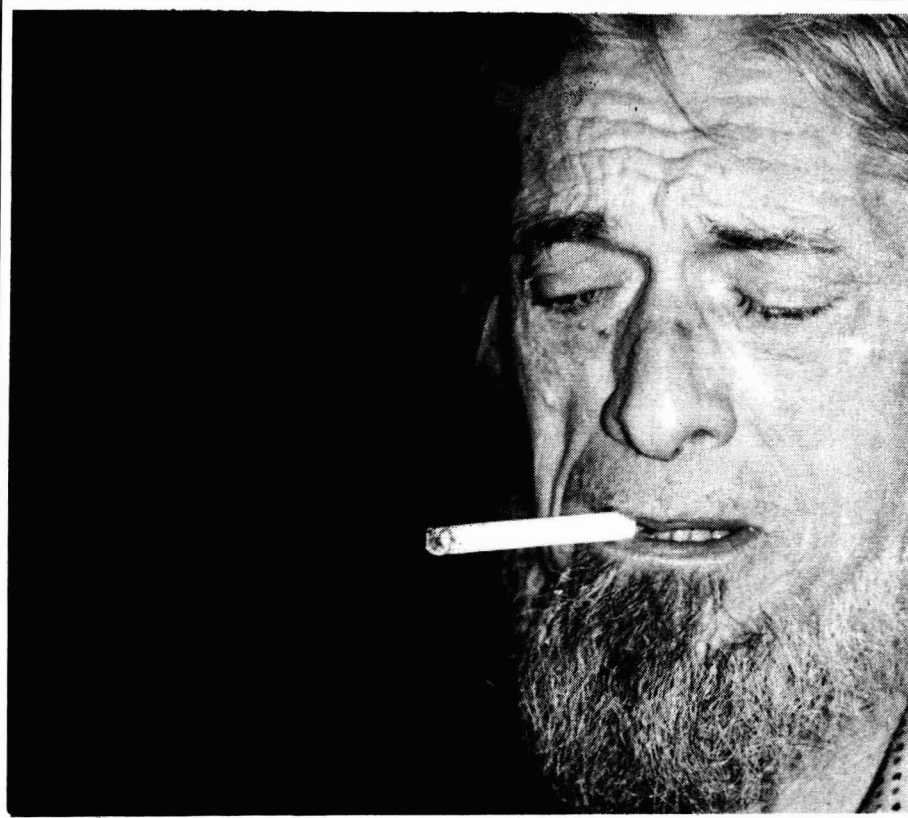
—Los volúmenes de sus memorias *Años de penitencia* (I) y *Los años sin excusa* (II) delatan el advenimiento de otros tantos, por lo menos. ¿Qué nos puede adelantar de éstos, existe algún problema de perspectiva?

—En esto, como tú dices, hay un problema de perspectiva, y en realidad por eso no he empezado el tercer tomo, que abarcará de 1962 a 1975; terminaría con la histórica losa cayendo sobre el menudo cadáver del dictador. Por otra parte, muchos de sus protagonistas están vivos y en plena madurez, lo cual está demorando también la salida de ese tercer volumen. En cambio, he publicado algo que se parece mucho a un cuarto volumen de memorias, y es una novela titulada *Penúltimos castigos*, cuya primera muestra ya me había producido una demanda. La novela son unas memorias de alguien que no soy yo y entre los personajes que pululan en ella existe un tal Carlos Barral que muere en el libro, lo cual es

quizás síntoma de que no escriba un cuarto volumen de memorias. En cambio, el tercero sí lo escribiré después de terminar esta novela. Pero, repito, no sé si lo que he vivido o viviré después del franquismo sea tema de memorias o serán unas memorias ya seniles sobre las que no pienso escribir.

—Usted dice en su segundo volumen de memorias: “Terminada la juventud se está a merced del miedo”. ¿Qué convicciones sustentan de nuevo su labor de editor y director de la “Biblioteca del Fenice”?

cincuenta y sesenta. Lo que está ocurriendo es que esos mismos autores que protagonizaron esos dos movimientos aquí y allá, están encontrando, que lo importante es un camino personal y ahora están a punto de publicar una obra importante o diferente. Es el caso de *La vida exagerada de Martín Romaña* de Bryce Echenique, y lo mismo va a suceder en escritores como Roa Bastos en América Latina. Además, se anuncia una ola de escritores importantes que vienen trabajando hace tiempo, lo cual es para mí toda una garantía, y que van a llenar de nuevas posibilidades las letras



—Esta biblioteca la he comenzado, como editor corsario, pues es con Argos-Vergara, porque estoy convencido de que estamos en un punto de inflexión de la narrativa en lengua castellana; es decir, han terminado dos fenómenos paralelos, que son, de una parte, el Boom: aquel puñado de escritores que más o menos coincidieron en sus puntos de vista sobre la revolución cubana, pero que ahora se han dispersado, haciendo cada cual una carrera distinta. Este fenómeno ha terminado. De otra parte, ha terminado también ese fenómeno de experimentación realista de la literatura castellana de España que tuvo lugar durante los años

latinoamericanas. Pero también está ocurriendo lo mismo en España: los escritores de aquí por fin resucitan de esa especie de sueño y anestesia que fue el social-realismo: García Hortelano, Luis Fernando Santos, Caballero Bonal, etc. También se anuncia aquí una generación más joven. Y es de sumo interés porque ese fenómeno del “despertar” de nuestras letras aquí y allá, va a coincidir con la década que precede al quinientos aniversario del descubrimiento de América. Por todo esto estoy convencido que mi papel de editor-descubridor vuelve a tener sentido ahora: por eso he vuelto a la batalla. ♦